

LA PEDAGOGÍA DE LA ADMIRACIÓN Y SU FECUNDIDAD EDUCATIVA

Alfonso López Quintás

En enero de 2003, cierto telediario de gran audiencia destacó que nos hallamos en el primer aniversario de la muerte, por sobredosis, de la cantante Janis Joplin. Se la elogió como la “reina blanca del blues”, y, tras recordar que su vida estuvo entregada a toda clase de drogas, se concluyó que había sido “una mujer totalmente libre”. ¿Están preparados los jóvenes actuales para descubrir la forma de manipulación que late en este mensaje televisivo? En caso negativo, no están debidamente formados para vivir en un momento de la historia tan fecundo y tan arriesgado, a la par, como el presente.

I. Necesidad de un conocimiento preciso de la vida humana

En la película de Ingmar Bergman *El silencio*, una joven le dice a su hermana con aire exultante que tiene relaciones íntimas con un extranjero y, por no saber su lengua ni él la suya, no pueden hablarse. Un joven que oye esto ¿se da cuenta de la actitud ante la vida que ha adoptado esa joven y de los riesgos que implica para ella? ¿Podría sentirse contenta si supiera lo que significa alegrarse por no poder hablar con quien se tiene intimidad corpórea? Si no sé contestar a estas preguntas, voy por la vida con los ojos vendados y no puedo guiar mis pasos con una mínima seguridad.

Esta especie de ceguera espiritual constituye una forma de “analfabetismo de segundo grado”, que todos podemos padecer en alguna medida¹. No saber unir las letras y adivinar lo que dice un escrito es un modo primario de analfabetismo, y debe ser erradicado porque nos deja desvalidos ante la vida. Si sabemos leer y nos hacemos cargo de lo que se nos comunica, tenemos capacidad de informarnos debidamente y saber a qué atenernos en la vida diaria. Pero, supongamos que no somos capaces de penetrar en el *sentido* de lo que leemos u oímos. Recibimos datos del exterior, pero no logramos descubrir lo que significan para nuestra vida. Captamos su *significado* superficial, pero no su *sentido* profundo. Nos enteramos, por ejemplo, de que una joven está eufórica por no poder hablar con su amante. ¿Podemos vislumbrar lo que implica, en el fondo, tal sentimiento? En caso negativo, bien haremos en tomar medidas para superar esa forma de analfabetismo, que nos deja desconcertados en nuestra vida personal y nos impide regir nuestra conducta con cierta seguridad de éxito.

En los últimos tiempos, las clases dirigentes han mostrado cierto interés en orientar la actividad escolar de tal forma que los alumnos aprendan a pensar bien, razonar con coherencia, decidir de modo equilibrado y realista... Este loable propósito no ha tenido siempre el éxito deseado a causa de un puñado de malentendidos. Se pensó, a menudo, que la formación ética consiste en “aprender” valores, y se exhortó a los educadores a consagrar tiempo y esfuerzo a tal forma de enseñanza. Pero la experiencia nos advierte a diario que los valores no se “aprenden”; se “descubren”. Por tanto, no debemos los mayores “enseñarlos”, sino “ayudar a descubrirlos”.

¹ En qué consiste esta forma de analfabetismo y cuál es la vía óptima para combatirlo lo expongo en la obra *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid ⁴2003, págs. 10-23.

Los valores no sólo existen; se *hacen valer*, proyectan a su alrededor un aura de prestigio. La tarea del educador ha de consistir en acercar a niños y jóvenes a esa área de irradiación de los valores, sugerirles que hagan las experiencias necesarias para *descubrir por sí mismos* su belleza y su inmensa fecundidad. Hacerse cargo de esa fecundidad y esa belleza es el cometido de una *Pedagogía de la admiración*.

En una entrevista televisiva, un joven de 18 años manifestó lo siguiente: “*Hasta hace poco yo era totalmente feliz. Adoraba a mi madre, admiraba a mi novia, sentía ilusión por mi carrera. Pero me entregué al juego de azar y me convertí en un enfermo del juego, un ludópata. Ahora, ni mi madre ni mi novia ni mi carrera me interesan nada. Sólo me interesa una cosa: seguir jugando. Estoy atado al juego. Y lo que más me duele es que empecé a jugar libremente, y ahora me veo hecho un esclavo*”. ¿Le explicó alguien, a tiempo, a este desdichado joven lo que es el proceso de *vértigo* o *fascinación* y el de *éxtasis* o *creatividad*? Probablemente no. Ni siquiera la psicóloga que dirigió la entrevista aprovechó la circunstancia para darle una mínima clave de orientación. Pudo haberle indicado, simplemente, que su desgracia comenzó al confundir la *libertad de maniobra* con la *libertad creativa*. ¿Algún formador le indicó, a lo largo de sus años de estudio, que existen ambas formas de libertad y que confundirlas anula nuestro desarrollo personal y nos lleva al infortunio? Ese maestro hubiera sido un líder auténtico, un guía que ayuda a conocer las leyes del crecimiento personal y dispone el ánimo para admirarse de la grandeza que adquirimos al movernos en la vida con libertad creativa, libertad para realizar algo valioso, aun a costa de renunciar a valores inferiores. El joven mostró, al hablar, una tristeza infinita. Me hubiera decirle que levantara el ánimo porque le iba a ayudar a descubrir algo decisivo: lo que es la *verdadera libertad*. Le quedaba mucha vida por delante para disfrutar de tal descubrimiento.

Es muy posible que nadie haya ayudado tampoco a la jovencita de la película *El silencio* a admirar la riqueza del lenguaje auténtico, el que se inspira en la voluntad de crear vínculos personales. No se benefició de una *Pedagogía de la admiración*. De haber tenido esa suerte, no sentiría ahora alegría sino profunda tristeza al recluírse en un *silencio de mudez*, a fin de no crear vínculos con su compañero ocasional.

En el clima actual de desconcierto resulta muy penosa la falta de guías auténticos. La sociedad no suele favorecer la formación de tales líderes pues tiende a cultivar el *reduccionismo* –la reducción injusta del valor de la vida humana–, la *manipulación* –el trato de las personas como si fueran meros objetos–, el *intrusismo* –la osadía de hablar en público de temas trascendentes sin la debida preparación– y el *hedonismo* –el afán desmedido de acumular sensaciones placenteras–.

Frente a este empobrecimiento de la vida humana, necesitamos poner en juego una *Pedagogía de la admiración* o del asombro, no de la coacción; del descubrimiento, no del mero aprendizaje; de la persuasión, no de la transmisión fría. El que aprende lo que es la vida descubriéndola paso a paso, de forma bien articulada, no sólo acaba sabiendo qué ha de hacer para desarrollarse plenamente como persona sino que está bien dispuesto para transmitir ese conocimiento a otras personas de forma persuasiva y convincente. A veces se dice que no se educa a los jóvenes para ejercer la función de padres. La *Pedagogía del asombro* sería un buen camino para ello.

Este método de formación tiene, como sabemos, un noble abolengo. En su famosa *Carta séptima*, Platón se niega a hacer el resumen de su filosofía que le pedía Dionisio, tirano de Siracusa, porque, a su entender, el conocimiento filosófico no se obtiene acumulando saberes recibidos de fuera, por significativos que sean, sino adentrándose en el análisis profundo de la vida. Te sumerges

durante un tiempo en una cuestión, y, después de bracear largamente con las ideas, surge, como por un relámpago, una luz que ilumina tu mente. Esa luz es la filosofía².

En esta línea, el gran filósofo alemán J. A. Fichte indica al lector de una de sus obras que procure descubrir por sí mismo lo que él le dé a conocer. De lo contrario, se quedará fuera del mensaje recibido: “*Todo lo que se puede hacer ahora por ti –escribe– es guiarte para que encuentres la verdad, y a esa dirección se reduce lo que una enseñanza filosófica puede aportar. Pero siempre se presupone que eso hacia lo que el otro te conduce lo poseas de veras interiormente tú mismo, y lo mires y contemples. De no hacerlo, oirías narrar una experiencia ajena, de ningún modo la tuya (...)*”³.

Si no vibramos personalmente con las realidades que vamos descubriendo –por iniciativa propia o porque alguien nos las comunica–, no nos haremos cargo de la grandeza que albergan, no sentiremos la íntima emoción que produce lo valioso y no convertiremos el saber en un principio de excelencia personal. En verdad, como bien advirtió Aristóteles, *la admiración es el principio de la sabiduría*.

Pero ¿cómo llevar a cabo la Pedagogía de la admiración? A mi entender, la vía más eficaz es realizar una serie de descubrimientos encabalgados.

II. Los doce descubrimientos básicos

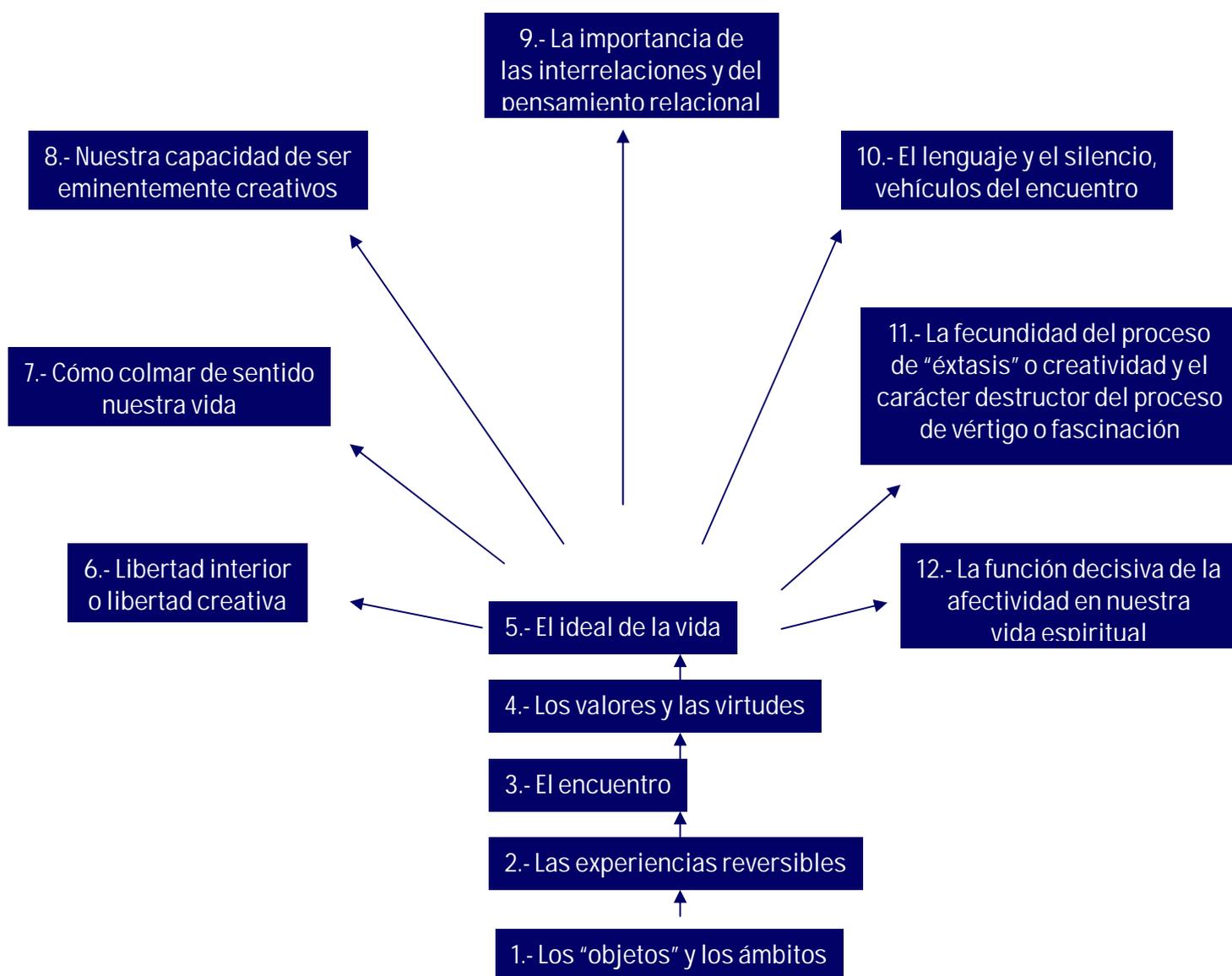
El principal descubrimiento que hemos de realizar es, sin duda alguna, el del encuentro, pues, según la Biología actual más cualificada, los seres humanos somos "seres de encuentro", vivimos como personas, nos desarrollamos y perfeccionamos como tales viviendo toda serie de encuentros. Incluso los que nacimos a los nueve meses de gestación, vinimos al mundo con un año de anticipación y con nuestros sistemas inmunológicos, enzimáticos y neurológicos muy inmaduros. Este anticipo tiene por finalidad que el bebé acabe de troquelar su ser fisiológico y psicológico *en relación con el entorno*. El entorno del recién nacido es, en primer lugar, su madre, luego su padre y sus hermanos. Los biólogos aconsejan enérgicamente a las madres que, de ser posible, amamenten a sus hijos, pues amamentar no implica sólo alimentar al bebé sino también *acogerlo*. La falta de ternura en los primeros tiempos de la vida predispone al niño para cerrarse frente al entorno y no crear relaciones de encuentro. Este desajuste es, a veces, causa de graves trastornos futuros en la vida de convivencia⁴.

Para lograr un encuentro verdadero, debemos ver las realidades que nos rodean, no como *realidades cerradas* sino como *realidades abiertas*, y descubrir cómo éstas dan lugar a *experiencias reversibles*. Por eso, el descubrimiento básico del encuentro debe ir precedido de otros dos descubrimientos, como resalta en el gráfico siguiente, que debe leerse de abajo arriba:

² Cf. *Cartas*, VII, 314 c, 341 c, d.

³ Cf. *Sonnenklarer Bericht an das grössere Publikum über das eigentliche Wesen der neuesten Philosophie*, en *Fichtes Werke*, Walter de Gruyter, Berlín 1971, p. 337)

⁴ Cf. Juan Rof Carballo: *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973; *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid 1977; Manuel Cabada Castro: *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.



Primer descubrimiento: las realidades abiertas o "ámbitos"

Realidad cerrada es la que está ahí sin tener relación alguna conmigo; por ejemplo, una tabla cuadrada que veo en el taller de un carpintero. En este momento no me ofrece posibilidad alguna para realizar la actividad que tengo entre manos. La veo, por tanto, como un mero "objeto", una realidad cerrada. Pero figurémonos que pinto en ella unos cuadraditos en blanco y negro. Esta sencilla operación convierte la tabla en *tablero*. He aquí la primera transfiguración. La tabla se ha convertido en *realidad abierta* porque ahora es capaz de ofrecernos posibilidades para jugar en ella al ajedrez o a las damas. Es una realidad que se abre a nosotros para permitirnos hacer juego, crear

jugadas, tender a una meta, ejercitar la imaginación... Por ser una realidad abierta y abarcar cierto campo, vamos a llamarla *ámbito de realidad*, o sencillamente *ámbito*. Como tal, tiene un rango superior a la tabla vista como objeto.

Con la tabla puedo hacer lo que quiero: venderla, canjearla, manejarla a mi antojo, porque es sencillamente para mí una realidad delimitable, pesable, agarrable, situable en un lugar o en otro. Con el tablero en cuanto tal, es decir, en cuanto estoy jugando en él un determinado juego, no debo actuar arbitrariamente: he de respetar las normas que dicta el reglamento. Si convenimos en que la tabla como objeto pertenece al *nivel 1*, el tablero -como campo de juego- tiene una categoría superior; pertenece al *nivel 2*. Acabamos de descubrir dos tipos de realidades -objetos y ámbitos- y dos actitudes distintas respecto a ellas: la de simple manejo y la de colaboración respetuosa. Hemos vivido una *transfiguración* y un *ascenso de nivel*. Ello nos permite liberarnos del apego a las realidades dominables -que siempre se hallan fuera de nosotros- y cobrar afecto a las realidades abiertas, a las que podemos unirnos de forma más estrecha. La relación que puedo tener con un tablero de juego es más intensa que con la tabla, ya que *jugar* -entendido en sentido riguroso- es crear relaciones entrañables de colaboración⁵. Esta actividad creativa constituye la base de la vida *cultural*. Cultura es todo aquello que realiza el ser humano para crear formas de unidad con las realidades del entorno. Por ser espiritual, el hombre puede dar respuestas diversas a cada estímulo, por ejemplo a un alimento. Su respuesta no es automática como sucede en el animal, que está como fusionado con el entorno. El hombre se halla a cierta distancia de él, aun estando físicamente cerca. A partir de esa relación de *cercanía* y *distancia* puede *alejarse* de la realidad que le estimula o acercarse a ella creando una relación de *presencia*. Crear tramas de relaciones de presencia con cuanto existe es la tarea básica de la *Cultura*. Ahora vemos que cultivamos nuestra capacidad cultural a medida que ascendemos al *nivel 2*.

Un fajo de papel pautado que se halla en una papelería es un objeto. Si escribo en él una composición musical, transformo el fajo de papel en una *partitura*, y lo elevo del *nivel 1* al *nivel 2*. El fajo de papel es mío, lo poseo, puedo utilizarlo para cualquier fin: escribir en él, abanicarme, encender una estufa... Pertenece al *nivel 1*. Pero, si ese fajo de papel se convierte en partitura, y tomo ésta como guía para interpretar la obra que se expresa en ella, debo respetarla al máximo, colaborar con ella, serle fiel, ajustar mi acción a las normas que ella me da. Estamos en el *nivel 2*. Otra vez nos encontramos con dos realidades de distinto rango, dos actitudes distintas por nuestra parte, una transfiguración, una liberación y un modo más acendrado de relación con una realidad del entorno.

Realizar este múltiple descubrimiento (en el que resaltan dos formas de realidad, las dos actitudes correlativas, una transfiguración, una liberación, un incremento de la capacidad de unirnos al entorno) encierra la mayor importancia por cuanto nos permite descubrir una experiencia *de doble dirección*, sumamente fecunda.

Segundo descubrimiento: las experiencias reversibles

Demos un paso adelante en nuestro camino de transfiguraciones. Alguien me habla de un poema que figura en un libro. Es para mí algo que está ahí. Sé que es una obra literaria, pero no me preocupo de asumir las posibilidades que me ofrece y darle vida; la tomo como una realidad más de mi entorno, y queda situada en mi mente al lado de las mesas, las plumas, el ordenador, los libros... En este momento considero el poema casi como un objeto, una realidad que se halla en mi entorno

⁵ Un estudio amplio del juego puede verse en mi *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid ³1998, págs. 33-183.

pero no se relaciona conmigo activamente, ni yo con ella. Está a mi lado, pero alejada, al modo de las realidades cerradas u objetos. Pero un día abro el libro y aprendo el poema de memoria, “de corazón” -como dicen expresivamente los franceses e ingleses-, es decir, asumo las posibilidades estéticas que alberga y lo declamo creativamente, dándole el tipo de vida que el autor quiso otorgarle. Al tomarlo como “ámbito” –o fuente de posibilidades-, el poema actúa sobre mí, me nutre espiritualmente, y yo lo configuro a él, le doy el ritmo debido, le otorgo vibración humana, lo doto de un cuerpo sonoro. Esa experiencia de declamación no es meramente “lineal”; no actúo yo solo en ella. Es una experiencia *reversible*, bidireccional, porque ambos nos influimos mutuamente: el poema influye sobre mí y yo sobre el poema.

Antes de entrar en relación con él, el poema era distinto de mí, distante, externo, extraño, ajeno. Al asumir sus posibilidades estéticas y declamarlo, se me vuelve *íntimo*, sin dejar de ser distinto, pues nada nos es más íntimo que aquello que nos impulsa a actuar y da sentido a nuestra actividad. De esta forma, el poema deja de estar *fuera de mí*, en un lugar *exterior a mí*. Él y yo formamos un mismo *campo de juego*. En eso consiste ser íntimos. La unión de intimidad sólo es posible en el *nivel 2*, el de la creatividad. Esta transformación de lo externo, extraño y ajeno en íntimo da lugar a una *forma eminente de unión*. Ningún tipo de unión con un objeto alcanza el carácter entrañable que adquirimos al formar un campo de juego con una realidad abierta, que nos ofrece posibilidades creativas.

Al asumir fielmente las posibilidades que me ofrece un poema, me atengo a él, le soy fiel, lo tomo como una norma que me guía, y justamente entonces me siento inmensamente libre, libre para crearlo de nuevo, darle vida, llevarlo a su máximo grado de expresividad. Fijémonos qué modo tan fecundo de transfiguración y liberación se opera aquí: libertad y norma son entendidas de modo tan profundo que dejan de oponerse entre sí para pasar a complementarse. En el *nivel 2*, la libertad que cuenta es la *libertad creativa*. La norma que nos interesa es la que procede de alguien que tiene, no tanto mando, cuanto *autoridad*, es decir, capacidad de promocionar nuestra vida en algún aspecto⁶.

Un declamador literario, un interprete musical, un actor de teatro... se sienten tanto más libres cuanto más fieles son a los textos y a las partituras. Cuando actuamos creativamente, es decir, cuando asumimos de forma activa las posibilidades que nos da una obra -literaria, musical, coreográfica, teatral...- convertimos el *dilema* “libertad-norma” en un *contraste* enriquecedor. La relación sumisa de la libertad con la norma se transforma en una relación de *liberación y enriquecimiento*: la norma, asumida como una fuente fecunda de posibilidades, me libera del apego a mi capricho, a mi afán de hacer lo que me apetezca. Amengua, con ello, mi *libertad de maniobra* pero incrementa mi *libertad interior* o *libertad creativa*, la que me permite crecer como persona asumiendo normas enriquecedoras. No olvidemos este dato: *toda transfiguración va unida con una liberación*.

Tercer descubrimiento: el encuentro

Como vemos, las exigencias que plantean las realidades que tratamos se hacen mayores en cuanto las elevamos de rango. Pero, en la misma medida, enriquecen nuestra experiencia porque podemos “encontrarnos” con ellas, es decir, entrelazar nuestros ámbitos de vida. Un objeto lo puedo tocar, manejar, comprar o vender, unirme a él tangencialmente. Lo que no puedo es encontrarme con él. El encuentro puede darse entre una persona y un poema, una canción, una obra artística, musical o literaria, en cuanto estas realidades nos ofrecen diversas posibilidades que nosotros

⁶ Como sabemos, el vocablo “autoridad” procede del verbo latino “augere”, que significa promocionar, enriquecer. De él proceden los términos “auctor” (autor) y “auctoritas” (autoridad).

podemos asumir. Estas formas de encuentro encierran un gran valor, como resalta en la declamación de un poema, la interpretación de una obra musical, la creación de vínculos a través del lenguaje, la participación en los ámbitos de vida que plasma una obra literaria... Pero el valor supremo lo ostenta el encuentro cuando es realizado por dos seres personales, pues las experiencias reversibles adquieren un grado especial de excelencia al realizarse entre realidades que gozan de un poder de iniciativa privilegiado en el universo.

Por ser corpórea, una persona puede ser agarrada, movida de un lugar a otro, incluso zarandeada. Pero el cuerpo, aunque lo parezca a primera vista, no es un objeto; supera inmensamente la condición de objeto *-nivel 1-* porque es el medio expresivo de toda la persona *-nivel 2-*. Merece el mismo respeto que ésta. Concebir en estos términos nuestra realidad humana opera una verdadera transfiguración en nuestra mente y en nuestra actitud. Nos liberamos de la sumisión al espacio y descubrimos que una realidad *distinta* de nosotros se convierte a menudo en *íntima*, sin dejar de ser distinta. De esta forma, realidades que están fuera de mí en el *nivel 1* se me tornan íntimas en el *nivel 2*. Eso queremos decir al indicar que los términos “dentro” y “fuera” dejan de oponerse para complementarse.

Por el contrario, si al tratar a una persona sólo tomo en consideración su cuerpo y la reduzco a medio para mis fines, la rebajo de rango, la envilezco, le hago injusticia, soy violento con ella. Cada tipo de realidad nos pide una actitud adecuada. La actitud que debemos adoptar respecto a las personas no es la dominadora y posesiva, sino la respetuosa, generosa, colaboradora y servicial que es, justamente, la actitud reclamada por las realidades abiertas para dar de sí todas sus posibilidades.

Si adoptamos esta actitud, nuestra capacidad para asumir activamente las posibilidades que se nos ofrezcan y otorgar las propias es insospechada. Con otra persona podemos compartir realidades materiales -objetos o cosas, utensilios, alimentos, tierras, casas, dinero...-, pero también afectos, anhelos, proyectos de todo orden, ideas e ideales... Con ello, nuestra capacidad de iniciativa y ampliación del horizonte vital se incrementa sobremanera, dando lugar a la posibilidad del *encuentro*, en sentido riguroso. Al elevarme al nivel en el que puede establecerse una relación de encuentro, doy un salto cualitativo en mi calidad de vida, porque promuevo notablemente mi actividad creativa. Ello supone un incremento sustancial de mi capacidad de relación con el entorno; una verdadera transformación de mis posibilidades de crear unidad con las realidades circundantes.

Si tengo la preparación adecuada, puedo *encontrarme* con una obra musical o literaria, al asumir activamente las posibilidades de realización estética que me ofrecen. Dichas obras ponen a mi disposición su potencial expresivo. Al asumirlo, me enriquezco en medida directamente proporcional a su riqueza. Este proceso enriquecedor lo consideramos justamente como valioso. Pero más valioso todavía debe parecernos la posibilidad de fundar con otra persona la forma de unión que llamamos *encuentro*. Ese tipo de unión es tan elevado que supera de raíz la soledad.

Ciertos escritores –filósofos como Ortega y Gasset, dramaturgos como Jean Anouilh– subrayaron en distintas ocasiones que “la verdad del ser humano es su soledad”, de modo que el amor interpersonal constituye una falsa ilusión⁷. Ciertamente, si uno se mueve en el *nivel 1*, por impulsos y motivaciones egoístas, queda ocluido en sí mismo e imposibilita el amor, la comunicación personal, la colaboración y la participación. Pero este aislamiento no se deriva necesariamente de la condición personal -y, por tanto individual- de cada uno de los seres humanos.

⁷ “Mi humana vida -escribe Ortega- (...) es, por esencia, soledad”. “Sólo en nuestra soledad somos nuestra verdad” (*El hombre y la gente*, Revista de Occidente, Madrid 1957, págs. 24, 73).

Si nos abrimos, generosamente, a las demás realidades, no con el afán de dominarlas y ponerlas a nuestro servicio, sino de enriquecerlas, ofreciéndoles posibilidades de desarrollarse, estamos bien dispuestos para acoger activamente las posibilidades que ellas a su vez nos ofrezcan. Esa forma de acogimiento se define como *creatividad* y lleva en su base la generosidad. En cambio, el egoísmo -el repliegue sobre sí- bloquea la capacidad creativa y anula la serie de transformaciones que tienen lugar durante el proceso de crecimiento. El egoísta no se realiza plenamente, bloquea su desarrollo personal. La transfiguración progresiva de nuestra realidad personal depende de nuestra actitud abierta y generosa.

No es extraño que la generosidad sea la primera condición del encuentro. Generosidad procede de *generare*, que significa generar, engendrar. Es generoso el que genera nueva vida a través de todas las formas de encuentro. De la generosidad se derivan las demás condiciones del encuentro:

- *La apertura veraz y sincera al otro.* La sinceridad suscita confianza; la doblez produce desconfianza, invita a replegarse sobre sí y no hacer confidencias. Esa falta de apertura bloquea el encuentro.
- *La cordialidad o ternura.* El trato cordial lubrica las relaciones humanas. La actitud hosca las torna desapacibles y, a la postre, conflictivas.
- *La fidelidad.* Ser fiel no se reduce a aguantar; supone crear en cada momento lo que uno, en un momento determinado, prometió crear: por ejemplo, un hogar, una comunidad religiosa...
- *La paciencia,* entendida no como mero aguante sino como ajuste a los ritmos naturales. Si me rompo un brazo, el médico lo inmoviliza durante un tiempo. Yo sería impaciente si acortara este tiempo, pues debo ajustarme al ritmo lento de regeneración de mis tejidos. En otro nivel, un profesor debe ser paciente con sus discípulos, ajustándose a su ritmo de trabajo, que en algunos casos puede ser más lento que el suyo.
- *La comunicación.* Comunicarnos con afecto es darnos, al tiempo que transmitimos algo.
- *La participación en tareas comunes valiosas.* “Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar juntos en una misma dirección”⁸. Esta bella frase podría glosarse de este modo: “Amarse no es mirarse el uno al otro por la complacencia que ello pueda suponer; es perseguir conjuntamente un ideal valioso”.

Cuarto descubrimiento: los valores y las virtudes

Las condiciones que acabamos de enumerar nos capacitan para encontrarnos y desarrollarnos como personas. En cuanto capacidades para crear diversas formas de encuentro, esas actitudes se denominan *valores*. Los valores asumidos por nosotros como formas de conducta reciben el nombre de *virtudes*. En la línea de la tradición latina, llamamos todavía hoy "virtuoso" de un instrumento musical al que lo toca con maestría.

Al llevar una vida *virtuosa*, creamos múltiples relaciones de auténtico encuentro y experimentamos sus espléndidos frutos: adquirimos energía interior y sentimos alegría, entusiasmo, plenitud personal y, por tanto, felicidad. El encuentro eleva nuestro ánimo, nos otorga soberanía ante los vaivenes de la existencia. Ello se debe básicamente al hecho de que, al encontrarnos, realizamos nuestra vocación y nuestra misión en la vida. Al darnos cuenta de ello, vemos cumplidas nuestras mejores expectativas y experimentamos un sentimiento de plenitud interior. Esta plenitud se traduce en felicidad y se manifiesta en tres sentimientos entrañables: paz interior, amparo, gozo

⁸ Antoine de Saint-Exupéry: *Tierra de los hombres*, Círculo de Lectores, Barcelona 2000, p. 178.

festivo o júbilo. Siempre que hay encuentro verdadero, hay fiesta; la vida entera adquiere carácter festivo y se convierte en una *celebración*: se transfigura el tiempo y el espacio, los gestos adquieren condición de ritos, las acciones en apariencia anodinas cobran un sentido especial.

Quinto descubrimiento: el ideal de la vida

Al advertir que el encuentro opera esta transfiguración en mi vida, descubro algo decisivo en mi existencia, a saber: que el valor más alto, el que ensambla todos los demás como una clave de bóveda es el encuentro, o, dicho más en general, la creación de las formas más elevadas de unidad. Ese valor supremo es *el ideal de la vida*.

Este ideal no se reduce a una mera idea; es una *idea motriz*; mueve y orienta todo nuestro ser hacia la creación de modos cada vez más valiosos de unidad. Estar orientados hacia la unidad significa que nos comprometemos a realizar en toda circunstancia *el bien, la justicia, la verdad, la belleza*. Para vivir en una forma de unidad activa con los demás, debemos ser buenos con ellos, justos, fieles a la verdad de cada uno, sensibles a la belleza de cada conducta y acción. No hay nada más bello en nuestra vida que el compromiso incondicional que late en estas afirmaciones: “*El bien hay que hacerlo; el mal hay que evitarlo*”, o “*Debemos ser justos en toda situación; la injusticia, por rentable que sea, hemos de rechazarla*”. Si actuamos en virtud de estos principios, garantizamos la alta calidad y la estabilidad del encuentro. Si éste constituía el punto culminante del *nivel 2*, asumir el ideal de la unidad como canon de vida debe considerarse como la actitud propia del *nivel 3*.

Pero ¿cómo es posible actuar de modo incondicionalmente bueno, justo, veraz y bello... con personas de conducta innoble y hostil? No parece haber en este mundo una razón suficiente para que nos comportemos con ellas de esa forma. El fundamento para ello debemos buscarlo muy arriba: en el Creador que otorgó a cada criatura una dignidad inquebrantable. Devolver bien por mal sólo es posible cuando tomamos en serio el hecho de que todas las personas hemos sido creadas a su imagen y semejanza por un Ser absolutamente bueno, veraz y justo. Al reconocerlo, nos movemos en el *nivel 4*, que se adentra ya en la esfera de lo religioso.

Al instalamos decididamente en el *nivel 3*, bien fundamentado en el *nivel 4*, recibimos una gran luz: se nos ilumina de golpe, como por un relámpago, que los diversos aspectos de nuestra vida alcanzan la perfección cuando descubrimos el auténtico ideal y optamos incondicionalmente por él. Ese ideal es capaz de transfigurar nuestra vida en todos los órdenes. Tal poder transfigurador resalta en los siete últimos descubrimientos del gráfico.

- 6. La “libertad de maniobra” se transforma en “libertad creativa”.**
- 7. La vida anodina se colma de sentido.**
- 8. La vida pasiva se vuelve creativa.**
- 9. La vida cerrada se torna relacional.**
- 10. El lenguaje pasa de ser mero medio de comunicación a vehículo viviente del encuentro.**
- 11. La caída en el vértigo cede el paso al ascenso extático.**
- 12. La entrega al frenesí de la pasión se trueca en amor personal.**

Queda aquí patente que nuestra vida entera se transfigura y eleva cuando es orientada al ideal de la unidad. La mente, la voluntad, la capacidad creativa, el sentimiento..., todo adquiere en nosotros una nueva potencia y se abre a un horizonte de grandeza insospechada. Este proceso ascensional fue denominado de antiguo por los griegos *éxtasis*. Los doce descubrimientos que

hemos reseñado (los cinco primeros, polarizados en torno al encuentro y al ideal de la vida, y los siete que acabamos de indicar) constituyen la articulación interna del proceso extático.

La inmensa riqueza que alberga el proceso extático de ascenso a lo mejor de nosotros mismos (con sus descubrimientos, sus transfiguraciones, sus ascensos de nivel, sus distintos modos de liberación interior y promoción de la actividad creativa) se destruye implacablemente cuando nos entregamos al halago de un proceso de vértigo, con sus cinco fases de envilecimiento. Figurémonos que, por egoísmo, no cumpla las condiciones del encuentro, que son modalidades de la actitud de generosidad. Con ello me muevo exclusivamente en el *nivel I*, el plano del dominio, la posesión y el manejo egoísta de las realidades de nuestro entorno. Esta actitud puede hacerme caer en cinco niveles negativos, que son otras tantas fases de un progresivo envilecimiento. Estamos en un proceso de signo opuesto al de éxtasis o encuentro. Si en éste cada ascenso de nivel supone un mayor ennoblecimiento de la vida, en el proceso de vértigo la caída en niveles inferiores implica una degradación creciente.

Para conocer nuestra situación personal en cada momento y disponer –por así decir- de un *mapa de la vida personal*, nada más importante que diseñar con precisión los niveles –polarmente opuestos- en que nos situamos según adoptemos actitudes egoístas o actitudes generosas. Los cuatro niveles positivos, correspondientes a una actitud generosa, fueron expuestos anteriormente. Nos resta por descubrir los cinco niveles negativos a los que nos arrastra la actitud egoísta. Será el tema del trabajo siguiente, que llevará por título: “Los niveles de realidad y de conducta, clave de comprensión de la vida humana”.